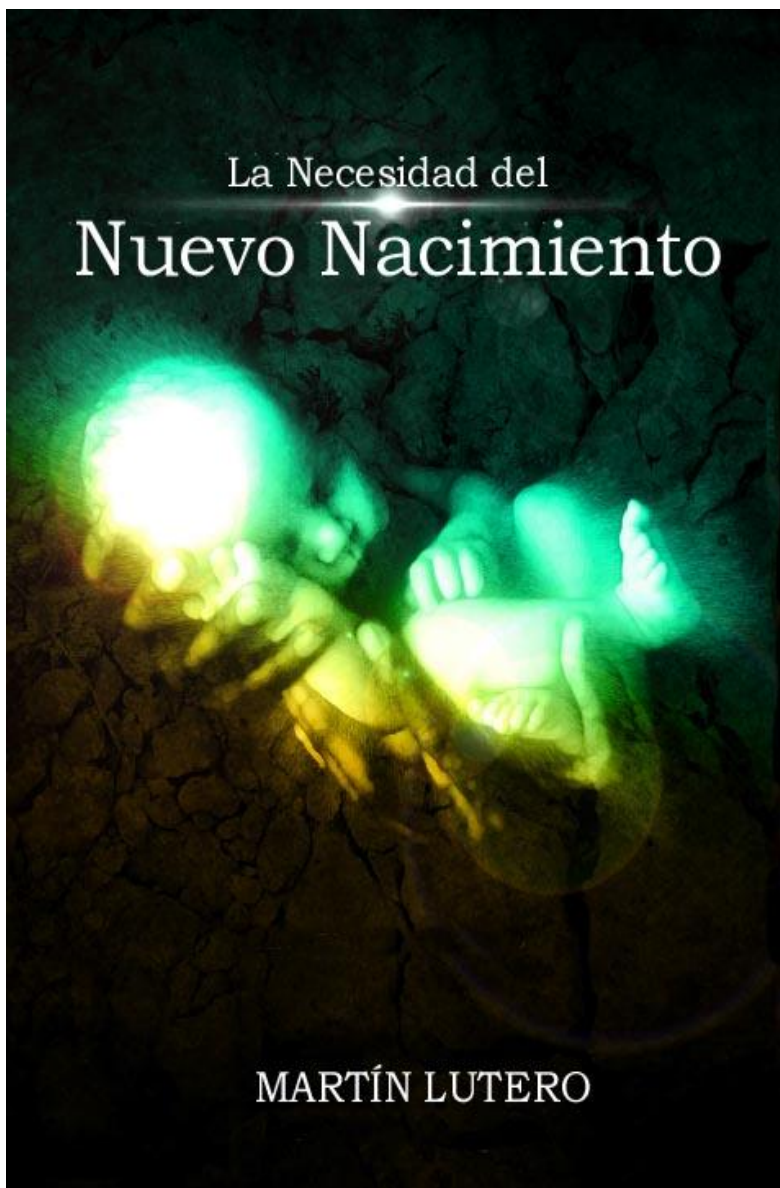


La Necesidad del
Nuevo Nacimiento



MARTÍN LUTERO

La Necesidad del
Nuevo
Nacimiento

Martin Lutero



La Necesidad del Nuevo nacimiento

Sermón predicado por el Reformador

Martinho Lutero

Para el Domingo de la Santísima Trindade de
11 de junio de 1536

*Había un hombre de los fariseos que se
llamaba Nicodemo, un principal entre los
judíos. Éste vino a Jesús de noche, y le dijo:
Rabí, sabemos que has venido de Dios como
maestro; porque nadie puede hacer estas*

señales que tú haces, si no está Dios con él. Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?

¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.

Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto? De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales? Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo. Y como Moisés levantó la serpiente en el

desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Juan 3:1-16.

CÓMO ALCANZAR LA SALVACIÓN, LA PREGUNTA CAPITAL DE LA HUMANIDAD

Hoy todavía no se os ha explicado el Evangelio. Escribe el evangelista San Juan que cierto fariseo de nombre Nicodemo vino al Señor de noche y sostuvo con él una conversación, y Cristo por su parte le predicó un sermón con que aquel hombre piadoso realmente no sabía qué hacer: cuanto más oye, menos entiende.

Sobre esta historia se predica cada año. Pero como hoy nuevamente le toca el turno, hablaremos una vez más acerca de ella. Desde

que el mundo existe, los sabios que hay en él se preguntan: "¿De qué manera se puede alcanzar la justicia y la bienaventuranza?" Esta cuestión se discutió desde que hay hombres en la tierra, y se seguirá discutiendo hasta que el mundo llegue a su fin. Aun en nuestros días actuales podéis ver con cuánto ardor debatimos este asunto.

Todos creen estar en condiciones de emitir un juicio; pero con su juicio revelan también su ignorancia.

Esta misma cuestión, como nos informa el Evangelio para el día de hoy, Cristo la trató con un hombre que, hablando en términos de la ley judía, era una persona correctísima y muy instruida.

El hombre aquel quiere discutir acerca de qué debemos hacer y cómo debemos vivir para ser salvos, y espera que Cristo le dé una respuesta. "Porque tú", le dice, "eres un maestro venido de Dios; pues las señales que tú haces sobrepasan la capacidad de cualquier ser humano. Nosotros los fariseos enseñamos, en el campo de lo espiritual, la ley de Moisés. ¿Opinas tú que hay algo mejor que se pueda

recomendar a la gente?" Surge así en la discusión entre ambos la pregunta acerca de las obras, o sea, la vida perfecta — la pregunta que inquieta a los hombres de todas las generaciones.

1. EL QUE INTENTA LLEGAR A LA SALVACIÓN POR EL CAMINO DE LAS OBRAS, NO LA ALCANZARÁ.

Ya los antiguos romanos reflexionaron con mucha seriedad acerca de cuál era el camino recto a seguir, acerca de cómo p.ej., se debía manejar correctamente el hogar y la familia. Su interés se dirigía ante todo a la determinación exacta de lo que exige la "justicia". Pero con esto se metieron en un problema que no tiene solución, como lo tuvieron que admitir ellos mismo: "Exceso de justicia, exceso de injusticia". ¿Por qué motivó? Porque la "justicia" en el sentido estricto de la palabra está fuera de nuestro alcance. Por eso hay que buscar el camino del medio y adaptarse a las circunstancias. En este sentido suele decirse también: "Acertó como los tiradores cuando dan en el blanco", quiere decir, no gracias a su

puntería, sino gracias a un impacto fortuito. Pues buen tirador, y hasta eventual ganador, es también aquel cuyo tiro, sin dar directamente en el blanco, es el que llegó más cerca. Así lo reconocen hasta los juristas. Tienen que darse por satisfechos si con su gobierno y su administración de la cosa pública logran que nadie inflija al otro injusticias demasiado groseras, aun cuando resulte imposible acertar, y aplicar rígidamente, la justicia en su forma pura. Pero cuando llega al poder uno de esos ilusos desubicados, sólo causa alboroto, disturbios y disensiones. Así, toda autoridad secular tiene que atenerse a lo que es factible. No obstante, la razón quisiera arribar a la salvación o a un orden político perfecto por vía de la justicia. Pero tal cosa es imposible. ¿Qué hacer entonces? Casi se diría que pasa como con aquel que quería cruzar una alta montaña, y al no poder hacerlo, exclamó: "Pues bien, me quedaré aquí". Sin embargo, Cristo nos dice: "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mateo 5:20).

Allí, en el sermón del monte, el Señor explica qué es el verdadero cumplimiento de la ley, y qué significa dar en el blanco: No airarse, ni

aun en lo recóndito del corazón; no codiciar ni en pensamientos la mujer o los bienes de nuestro prójimo. Allí se nos coloca ante los ojos la justicia en su forma más perfecta. Y a pesar de todo, los hombres creen poder alcanzarla mediante el cumplimiento de la ley. "No queremos ni pretendemos", dicen, "dar tan exactamente en el blanco"; si lo alcanzan con cierta aproximación, se tienen por excusados. Nosotros empero nos atenemos a lo que nos enseña Cristo: "Nadie puede ver el reino de Dios a menos que haya dado en el blanco". Y en el Apocalipsis leemos: "En este tabernáculo no entrará ningún inmundo".

¿Qué hemos de hacer, pues? ¿Exclamaremos también nosotros: "Tendremos que quedarnos aquí abajo, no podemos cruzar la montaña"? Tampoco Nicodemo sabe otra cosa que esto: "Yo soy una persona correcta, vivo piadosamente conforme a la ley, y transito por la senda que conduce al cielo". Y ahora quiere que este Maestro le exprese su aprobación o desaprobación — aunque no quisiera pensar en esto último, sino que espera más bien que el Señor le responda: "Sí, Nicodemo: eres perfecto, más aún: ya eres bienaventurado, y los demás también entrarían en el reino de los

cielos si hicieran como tú." Pero ocurre justamente lo contrario: Cristo le echa a palos del reino de los cielos: "Por cierto, eres un buen hombre. Pero si no naces de nuevo, tu justicia no te servirá de nada." El "nacer de nuevo": ésta es la justicia en la cual insistimos tanto en nuestra predicación. O sea: Cristo no tiene la intención de rechazar la ley; antes bien, quiere que sea cumplida. "Pero", dice, "la forma como vosotros la cumplís, no tiene validez; cumplís la ley sólo en vuestra imaginación, pero no en realidad. Los 10 Mandamientos son intachables, y quiero que se los cumpla. Quien quisiere entrar en el cielo, tiene que cumplirlos. Pero con vuestro concepto del "derecho" y con vuestra justicia no los estáis cumpliendo." No tenemos otra justicia mejor que la que resultaría de mi cumplimiento de todo lo que se manda en las dos tablas de la ley de Moisés, Entonces seríamos "justos" — pero justos sólo conforme a la justicia de los fariseos, no conforme a la justicia exigida por la ley.

2. SÓLO LA REGENERACIÓN NOS DA PARTE EN LA SALVACIÓN ETERNA.

Se nos dice, pues: "Te es necesario nacer por segunda vez." A Nicodemo, esto le resulta chocante. Él piensa en otras leyes, más allá del marco de las leyes mosaicas, como las hallamos en el papado y en el judaísmo farisaico; espera que Cristo establezca artículos nuevos, leyes nuevas, todo un código nuevo. Pero nada de esto: Cristo no dice una palabra en cuanto a nuevas leyes y estatutos. "Pues lo que tenéis en materia de leyes, ya es más de lo que podéis cumplir. Yo en cambio os predico así: Vosotros, vosotros mismos tenéis que llegar, a ser otra gente. Yo no hablo de hacer o no hacer, sino de llegar a ser. Tú tienes que llegar a ser otro hombre, tienes que nacer de nuevo. Esto será entonces la justicia que da en el blanco la justicia sin mancha ni arruga, la justicia que conseguirá entrar en el cielo." Al oír hablar a Jesús de esta manera, a Nicodemo le vienen ciertas dudas. Esto son palabras nuevas para él. "¿Entrar yo por segunda vez en el vientre de mi madre? ¡Tonterías!" Pero a estas tonterías, Cristo añade otras peores: "No te digo que tengas que nacer de nuevo de padre

y madre humanos, sino de agua y del Espíritu Santo." Ahora, Nicodemo queda confundido del todo: "¿Qué hombre y mujer son éstos: agua y Espíritu?" Y como si aún no fuera suficiente, Cristo pregunta: "¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?", lo que suena a burla manifiesta. Y sin embargo, Cristo tiene que hablar así, porque el tema es para Nicodemo completamente nuevo. Para aclarárselo, Cristo recurre a una ilustración, como queriendo decir a Nicodemo: "¿Quieres que te lo dé pintado para que lo entiendas? Te digo empero: si no lo puedes captar con la razón, cáptalo con la fe. Pues si no crees si te he dicho cosas terrenales, ¿cómo creerás si te dijere las cosas celestiales? Nosotros hablamos lo que sabemos, y lo que sabemos es la verdad; y vosotros no creéis. ¡Y bien: si alguno no quiere creer, lárguese!" La predicación nuestra, iniciada en aquel entonces por Cristo, estriba exclusivamente en la fe. Sólo con la fe puedes comprender lo de la "regeneración por el agua y el Espíritu Santo".

El Espíritu es el varón, el agua es la mujer. Lo que esto implica, no lo puedes medir con tu razón.

De ahí que el tema nuestro que predicamos, sea el artículo de las buenas obras y la fe. Y ya los papistas aprendieron algo de nosotros al decir que con la fe y la gracia comienza la vida verdaderamente cristiana. Antes sólo se hablaba de la misa privada y la invocación de los santos; ahora en cambio dicen que la fe, en efecto, salva, pero no la fe sola, sino la fe en cooperación con nuestras obras; esa cooperación, sostienen, es imprescindible. Y a nosotros nos critican duramente afirmando que prohibimos las obras e inducimos a los hombres a la desidia. Todavía les falta bastante para ser tan piadosos y estar tan cerca de la verdad como Nicodemo. Nosotros nunca hemos prohibido las buenas obras; más aún: si decimos algo respecto de buenas obras, nuestra propia gente monta en cólera, lo cual es una clara señal de que realmente predicamos sobre este tema. Y a pesar de ello, los papistas siguen blasfemando de nosotros. Ellos enseñan: "Las buenas obras tienen que venir en ayuda de la fe" — vanas palabras que demuestran que esos maestros no tienen noción de lo que es fe, buenas obras, nacer del Espíritu, nacer de Dios. Es por lo tanto muy necesario que estudiemos con cuidado nuestro texto presente (Juan 3:5) y otros similares. Aquí se habla de "nacer de

nuevo", no de "hacer algo nuevo". Primero debes plantar el árbol, luego tendrás también frutos. Según sea bueno o malo el árbol, serán buenos o malos también los frutos. Lo mismo ocurre aquí. Nosotros lo llamamos un nuevo nacimiento, es decir, una nueva manera de ser, una nueva persona, no solamente un nuevo vestido o nuevas obras.

Cuando yo era monje, mi vestimenta era distinta, y lo eran también mis obras; las siete horas para las oraciones, la misa, el crisma, el celibato — todas éstas eran otras obras, muy disímiles de mis obras anteriores. Pero el simple cambio de las obras no es lo que vale; que cambie la persona, que cambien los pensamientos y el ánimo: éste es el nuevo nacimiento. Por lo tanto no se pueden yuxtaponer las obras a la fe. ¿Con qué contribuye un niño a que sea engendrado y dado a luz?

Esto es obra de los padres; el niño no hace nada para que sus piernitas y todos sus miembros crezcan; no es parte activa en este proceso de crecimiento sino parte meramente pasiva. ¿Cuál fue, en este sentido, el aporte nuestro? ¿Dónde están las obras cooperantes? ¿Quisiera saber entonces a qué viene esa

insistencia en que deben agregarse también obras, y tan luego obras propias nuestras! Es verdad: la madre lleva a la criatura en sus entrañas y le prodiga el calor materno; sin embargo, no es obra de ella que esta criatura se origine. De igual manera, los que predicamos y bautizamos somos nosotros; y sin embargo, la palabra y el bautismo no son nuestros; sólo ponemos a disposición nuestra boca y nuestras manos. En realidad, el bautismo y la palabra son de Dios, y no obstante, nosotros somos llamados colaboradores de Dios (1ª Corintios 3:9). Es, por cierto, una colaboración bastante modesta la nuestra; no que aportemos la obra o la palabra; lo único que apporto al predicar y bautizar es la voz, los dedos, la boca. Así, en el engendramiento de una criatura, el padre y la madre sólo aportan su carne y sangre como factores suyos; la criatura en cambio no aporta absolutamente nada, sino que “se deja crear” por Dios todos los miembros, y la madre la lleva en su seno. ¿Hay alguna razón, entonces, para que yo le quite el honor a Dios y diga que yo mismo me engendré, y que mi propio actuar contribuyó a que yo naciera? ¿No significaría esto agraviar a Dios? ¿Acaso no somos llamados hijos suyos, obra de sus manos? Si es verdad que las obras colaboran en la

regeneración, me veo obligado también a decir que yo colaboré con Dios — y esto es una blasfemia contra Dios. Mas si es verdad que yo soy nacido de nuevo, como dice Cristo, no tengo que colaborar con nada, sino que tengo que permanecer quieto y pasivo para que aquel que es mi Padre y Creador me haga nacer de nuevo como hijo suyo. En este sentido declara el apóstol Pablo que "nosotros somos una nueva creación, creados en Cristo para buenas obras". Como se ve, Pablo no olvida las buenas obras.

Pero las menciona no porque hayan aportado algo, no porque sean ellas las que producen la nueva creación, sino "para que anduviésemos en ellas". Si es cierto que mis propias obras contribuyen a que yo sea una nueva creación, bien puedo gloriarme de ser mi propio Dios; porque el crear es obra de Dios exclusivamente. Si colaboro, entonces Dios no es mi único Dios, sino que yo también lo soy. En cambio, si él es el único, no lo puedo ser yo también, como se afirma muy claramente en el Salmo: "Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos; pueblo suyo somos, y ovejas de su prado". Y no obstante, cierta gente incurre en la tremenda tontería de sostener que la fe

engendra hombres nuevos, pero con ayuda de las obras. Pero carece de toda lógica decir que yo me creo a mí mismo y soy Dios junto con Dios, de modo que él me tiene a su lado como un Dios adjunto. Así como yo no me formé a mí mismo en el cuerpo de mi madre, sino que fue Dios quien me formó valiéndose de los miembros y del calor de mi madre, así tampoco en la regeneración somos orondos mediante nuestras propias fuerzas y obras, sino únicamente por las manos y el Espíritu de Dios. En consecuencia, es ilícito añadir obras a la fe; de lo contrario, no es Dios solo el que me crea, sino que yo soy, simultáneamente con él, mi propio creador. ¡Al fuego del infierno con un creador que se crea a sí mismo! La Escritura me llama una nueva creación de Dios, y no obstante, ¿yo me habría de atribuir la nueva creación a mí mismo? De ese modo, yo sería creación y creador, obra y obrador en una misma persona. A todas luces, éstos son pensamientos diabólicos y enseñanzas de hombres enceguecidos. Debemos atenernos, por ende, estrictamente a lo que aquí nos enseña el evangelista San Juan. También Pablo nos llama "nuevas criaturas". De la misma manera, pues, como no hago ningún aporte a mi nacimiento corporal y engendramiento, sino

que soy parte meramente pasiva y 'me hago' engendrar y crear, de esta misma manera tampoco las obras hacen aporte alguno a que el hombre sea regenerado. De no ser así, Dios ya no será el solo Dios, sino que nosotros seremos Dios junto con él, y seremos nuestros propios progenitores. Mas cuando la criatura ya está engendrada, y cuando el niño ya está formado en el seno materno con todos sus miembros, la madre dice: “Siento que el niño hace las obras que en su estado puede hacer.”

Pero sólo lo ya creado da estas señales de su existencia, y sólo cuando ha sido dado a luz mueve sus miembros, y si queda con vida, aprende a caminar y a cantar. Más si no hubiera sido creado previamente, ahora no se movería.

3. EL REGENERADO SE MANIFIESTA COMO CREYENTE MEDIANTE LA EJECUCIÓN DE BUENAS OBRAS.

Nuestra prédica en cuanto a la nueva creación es, pues, que una vez que hemos sido

regenerados, debemos andar en buenas obras. En este sentido hacemos algo: predicamos; aquellos empero que son convertidos, no hacen nada para llegar a serlo, ya que somos creación y obra de Dios, "creados para que anduviésemos en buenas obras" (Efesios 2:10). Estas palabras nos hablan con entera claridad. La similitud con una criatura humana es evidente. La criatura debe separarse del cuerpo materno; antes de estar completamente formada, no contribuye con nada a este hecho. ¿Por qué empero Dios la proveyó de miembros? Para moverse; una vez nacida, debe caminar, pararse, comer, beber, trabajar, mandar, porque para esto nació. Si no hiciera nada, sería un tronco o una piedra. Pero debe hacer algo, para esto fue creada. A esto se refiere Cristo al decir al fariseo Nicodemo: "Todos vosotros queréis ser vuestros propios creadores. Tenéis la ley de Moisés, y os esforzáis por cumplirla. Pero no lo lograréis, puesto que aún no habéis nacido. Todavía no sois lo que debéis ser, porque todavía no habéis sido recreados ni habéis nacido de nuevo; no tenéis el Espíritu Santo. Por consiguiente, todas vuestras obras son obras del viejo hombre. Podéis p.ej. construir una casa o fabricar un zapato; pero tales obras no tienen

nada que ver con el cielo. No son obras que confieren justicia a quien las hace. También los gentiles son capaces de hacerlas. Además traéis ofrendas, circuncidáis a vuestros hijos, usáis las vestiduras sagradas — también esto está al alcance de cualquier pagano. Por eso digo que son obras del hombre viejo, nacido una sola vez a saber, del seno de su madre.

Mas si queréis hacer obras que sean de valor ante Dios y traigan provecho al prójimo, tenéis que nacer de nuevo.

Vosotros en cambio creéis que con tal de hacer obras que son buenas en su aspecto exterior, ya tenéis asegurada, la entrada al cielo, aun cuando el corazón no se halle en el estado debido. Pero ¡no hagáis las cosas al revés, no empecéis por las obras!"

También los papistas son de la opinión de que pueden merecerse el cielo con sus obras que acompañan a la gracia. Es un error. Las buenas obras no nos pueden ayudar en ninguna forma, ni como obras que preceden a la gracia, ni como obras que le corren paralelas, ni tampoco como obras que siguen a la gracia, sino que todo tiene que provenir del Espíritu y del agua.

"En lugar de padre y madre os daré agua y Espíritu Santo", reza la predicación de Cristo. Donde esto es así, puedo decir: "Mis propias obras no me crearán, ni me engendrarán como nueva creación, ni tampoco podrán hacerlo, puesto que ya he sido creado y engendrado del agua y del Espíritu."

También resulta ahora fácil probar y juzgar los espíritus fanáticos. Pues lo que ha nacido, lo que ya ha sido hecho y creado, no tiene necesidad de ser hecho y creado. ¿Cómo pueden decir entonces que las obras subsecuentes a la gracia me engendran y crean? Hacer buenas obras es necesario; correcto — pero no para llegar a ser por medio de ellas una nueva creación. Por lo tanto hay que diferenciar entre fe y obras; así nos lo enseña aquí el Señor. Las obras hechas antes de que exista la fe, son condenadas como pecado. En cambio, las obras hechas por el que ya tiene fe, son obras preciosas y buenas. Sin embargo, tampoco éstas sirven para convertirnos en hombres justos, sino para alabar y glorificar a nuestro Padre que está en los cielos (Mateo 5:16) y para causar alegría a los ángeles. Pues quien por medio de buenas obras y una predicación fructífera honra al

Padre, recibirá también de él la recompensa correspondiente. Si no andas en buenas obras, tampoco has nacido aún para ellas (Efesios 2:10). Donde se enseña y se vive de esta manera, allí la verdad enseñada aquí por Cristo permanece en vigencia en toda su pureza.

Cristo dice que hay que nacer, Pablo subraya que tenemos que ser creados por Dios. Hablando en términos de la comparación con una criatura: la criatura no se engendra ni se hace nacer a sí misma, sino que después de haber sido creada, a su vez puede hacer obras. Análogamente, el árbol frutal, después de plantado, da frutos. No se dice: "Si no hubiera peras en el árbol, éste no sería árbol", sino a la inversa. Para esto crece el peral, para que dé peras, para gloria y honor de Dios el Creador, y para que nosotros las comamos. Así, la obra de Dios es la que precede, y la obra nuestra es la que sigue. Igualmente: si no hubiera herrero, no habría hacha; pues para que el hacha corte, previamente tiene que haber sido fabricada. Sólo un perfecto idiota podría decir: "Hacedme un hacha que colabore en su fabricación, de suerte que mediante su propio astillar y cortar se convierta en hacha". Primero hay que fabricar el hacha, y sólo entonces se la puede

emplear en los trabajos a los cuales se la suele destinar.

Sobre este tema se discute en forma por demás empecinada desde los mismos albores de la humanidad. Y ésta es nuestra enseñanza en la cual insistimos con toda energía, a fin de que conserve el lugar que le corresponde en la iglesia, y para evitar que penetren en la iglesia personas que atribuyen un efecto también a las obras precedentes o concomitantes.

Primero debe estar la creación, el nacimiento; luego puede seguir la obra. Nicodemo no puede comprenderlo, porque él vive en la creencia equivocada de que logrará entrar en el cielo gracias a sus obras precedentes. Cristo le opone un NO rotundo: "el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios". Todos los que enseñan algo que contraríe este artículo, son maestros falsos. Nosotros empero creámoslo, y démosle gracias a Dios por el hecho de que al fin fue traído a luz y puesto en conocimiento de todos cuál es el verdadero camino a la vida: "Haz que yo sea regenerado sin colaboración de ninguna obra mía, es decir, sólo por la palabra y la fe." Si tal es el caso, soy hijo de Dios, tengo libre acceso a la casa

de mi Padre, y todo cuanto hago, es bueno y acepto ante sus ojos. Si mi pie resbala, él me azota. Si soy un árbol bueno, llevo frutos buenos. Si el árbol es invadido por gusanos nocivos, el Padre los extermina. Si soy una buena hacha, sirvo para cortar; si en el hacha se produce una mella, también este mal podrá ser subsanado por el Padre. Por eso vosotros los fariseos estáis muy lejos del blanco con vuestras obras precedentes; porque de éstas resulta no más que una justicia válida ante los ojos del mundo, y para ella rige lo que acabo de decir en cuanto al tirador. La justicia proveniente de la fe sí da en el blanco: apunta al centro mismo, y penetra hasta la vida eterna — no por nuestros propios medios, sino en unión con aquel que es el Mediador, del cual se habla en la parte final del Evangelio (Juan 3:14 y sigs.). Hemos sido creados por él, y somos recreados por él; por medio de él somos una creación perfecta, a pesar de que todavía no estamos libres de faltas y debilidades.

Esto se llama hablar en forma cristiana acerca de la regeneración, de la cual los papistas, los turcos y los judíos no tienen el menor conocimiento. Estoy seguro, por lo tanto, de que en el Concilio¹ los papistas rechazarán este

artículo, ya que la norma de ellos es juzgar la obra de Dios según la entienden ellos mismos. Cristo empero sostiene invariablemente: "El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios". Es preciso, pues, dejar a un lado los pensamientos propios, la sabiduría propia, las opiniones propias, y prestar oídos solamente a la palabra por medio de la cual es creado en ti un corazón nuevo sin colaboración tuya, como el nuevo ser en el cuerpo de la madre. Este texto soluciona la cuestión que se viene debatiendo en el mundo entero acerca de cómo es posible una vida bienaventurada y feliz. No hay otro medio que la justicia efectuada por la regeneración: ésta da en el blanco.

1De Trento.

